



ETAPAS  
DEL CRECIMIENTO  
EN EL SERVICIO  
A LOS POBRES

Albert Nolan

me, en el tema del servicio a los pobres, a lo que significa este servicio y cómo debe desarrollarse, así como el progreso espiritual que podemos sacar de él en los diferentes modos en que tratamos de realizarlo.

Existe un progreso real en este servicio que comporta sus propias etapas, como sucede con el proceso de la oración. Conocemos muy bien los grados de humildad descritos por San Bernardo o las etapas del amor de nuestros libros de espiritualidad. Pues bien, lo que sugiero es que en nuestro compromiso al servicio de los pobres existe una experiencia espiritual en la que se pasa también por diferentes etapas: crisis, noche oscura, iluminación... Este es el tema que quisiera abordar.

**1. La primera etapa se caracteriza por la "compasión"**

Todos hemos experimentado una emoción personal al ver o al oír hablar de los sufrimientos de los pobres. Es el punto de partida, la compasión. *Cuanto más nos exponemos al sufrimiento de los pobres, más profunda y durable se hace en nosotros la compasión.* Ciertas organizaciones elaboran programas de exposición y envían a personas a un país del Tercer Mundo para darles la oportunidad de descubrir las privaciones que allí se dan y su impresionante miseria. Nada puede sustituir al contacto directo con el sufrimiento y el hambre; el ver a la gente expuesta al frío

y a la lluvia tras el derribo de sus casas por los bulldozers; sentir la sensación intolerable de un barrio de chabolas; ver a qué se asemejan los niños que sufren de desnutrición.

La información es también exposición. Lo sabemos y queremos comunicarlo a los demás: más de la mitad del mundo es pobre, y cerca de 800 millones de seres humanos no tienen alimento suficiente y se mueren, de una u otra forma, de hambre. Para muchos, la única experiencia de su vida, desde que nacen hasta que mueren, es la experiencia del hambre. Cualquier tipo de información puede ayudarnos a crecer en la compasión y preocupación por los pobres, suponiendo, claro está, que no pongamos obstáculos y endurezcamos nuestro corazón diciendo que eso no es asunto nuestro o que nada podemos hacer para solucionarlo. Como cristianos tenemos un medio para que nuestra compasión aumente, ya que podemos ver en ella un modo de ser de Dios: cuando experimento este sentimiento, participo de la compasión de Dios, de lo que él siente ante el mundo actual. Mi fe cristiana me permite, igualmente, profundizar en la compasión descubriendo el rostro de Cristo en los que sufren, recordando que todo lo que hacemos al más pequeño de nuestros hermanos se lo hacemos a él mismo.

Esta compasión creciente conduce a una *acción de dos tipos*, en la que tal vez estemos comprometidos ya de alguna manera. El primer tipo consiste en eso que normalmente se llama *acción asistencial*: recogida de alimentos, dinero, mantas, vestidos... El segundo tipo, que deriva inmediatamente de nuestra compasión consiste en *simplificar nuestro estilo de vida*, renunciando a todo lujo, evitando todo lo superfluo, dando a los pobres parte de nuestro dinero... No hay nada de extraordinario en esto. Forma, más bien, parte de una larga tradición cristiana en la que la compasión aparece unida a la limosna y a la pobreza voluntaria.

## **2. Segunda etapa: descubrimiento del problema estructural**

La segunda etapa comienza cuando se descubre, poco a poco, que la pobreza es un problema estructural.

Es decir, que no es un simple asunto de mala suerte, de desaprovechamiento de oportunidades, fruto de la pereza o la ignorancia o simplemente de la falta de desarrollo, algo inevitable. La pobreza en el mundo actual es el resultado directo de estructuras políticas y económicas. En otras palabras: la pobreza que constatamos en el mundo actual no es un accidente, es una creación. Me atrevería a decir que está creada, fabricada, por determinados sistemas y determinados políticos. Dicho de otro modo, la pobreza en el mundo actual es una cuestión de justicia e injusticia. Los pobres del mundo son gente que sufre a causa de una terrible injusticia. Ellos son los oprimidos del mundo. No es que pretenda acusar aquí a personas individuales, pero ciertamente la avidez de los ricos es la causa de los sufrimientos de los pobres. El acento de lo que intento expresar aquí recae en que se trata de un problema de estructuras.

Esto es lo que caracteriza a esta segunda etapa de nuestro desarrollo espiritual, que conduce inmediatamente a la *indignación*, a la *cólera*. *Cólera* contra los políticos y los gobiernos por su falta de compasión, por su política creadora de pobreza y sufrimiento. Es cierto: *la cólera es un sentimiento que suscita en nosotros, los cristianos, un cierto malestar. Cuando nos damos cuenta de ella nos sentimos un poco culpables. Sin embargo, si no sentimos cólera en nosotros, tampoco podemos compadecer. Si mi corazón se conmueve ante los que sufren, me encolerizaré ante los que les hacen sufrir.*

En este momento puede apuntar una crisis: ¿y el perdón?; ¿y el amor a los enemigos? No confundamos cólera con odio. Puedo encolerizarme contra una persona a la que amo. Una madre puede encolerizarse con su hijo que ha tratado de prender fuego a la casa. Alguna vez, pues, puedo y debo encolerizarme. Puedo y debo compartir la cólera de Dios. La Biblia está llena de la cólera de Dios, lo cual muchas veces es más un obstáculo que una ayuda para nosotros en nuestra vida espiritual. Cuando hablo de compartir la cólera de Dios, no me refiero al odio hacia el pecador, sino hacia el pecado. Cuanto mejor comprendamos lo que significa el problema estructural, tanto

más debemos perdonar a los que son su causa. Es importantísimo para nosotros en Sudáfrica, por ejemplo, reconocer que la profunda crueldad de lo que sucede no es algo que pueda reprocharse al Primer Ministro Botha, como si éste fuera, personalmente, un individuo particularmente cruel. Nosotros criticamos el sistema. Si desapareciera el Primer Ministro, otro le sucedería inmediatamente, y el sistema continuaría igual. No se trata de odio, de acusaciones, de cólera dirigida contra individuos como tales, sino de una formidable indignación contra un sistema que genera tanta miseria.

*Yo diría que cuanto más experimentamos esta cólera, tanto más cerca estamos de Dios. Si no podemos sentirla no sólo con respecto a Sudáfrica, sino a todo sistema o política causante de sufrimientos, no compartiremos en este punto los sentimientos de Dios, y nuestra compasión no pasará de ser un chaparrón.*

Durante esta segunda etapa, o cambia en algo nuestra acción o no iremos más lejos. En efecto, desde que comprendemos que el problema de la pobreza en el mundo es un problema de estructuras, un problema político, nos sentiremos movidos a *cambiar la sociedad*. La acción asistencial mira más a los síntomas que a las causas. Se asemeja a un tratamiento curativo, mientras que trabajar por un cambio social se parece más a un tratamiento preventivo. Queremos cambiar las estructuras, los sistemas que crean la pobreza, y no sólo ayudar a la gente cuando sufre esta pobreza. Ambas cosas son necesarias, pero en esta etapa se comienza a reconocer la necesidad del cambio social. Esta nueva conciencia puede dar lugar a una extraordinaria actividad: acción por el cambio, esfuerzos para combatir los sistemas injustos y quizá para cambiar los gobiernos, compromisos políticos, campañas de todo tipo. En este punto, algunos experimentan una *paralización*: ¿qué hacer contra un sistema? Nada se puede hacer para conseguir un cambio estructural. ¿Qué se puede hacer, por ejemplo, desde Bretaña para cambiar las estructuras políticas que generan la pobreza en el mundo? Otros, sin embargo, se hacen más activos. Tal es, a mi juicio, esta segunda etapa. En lo profundo de la persona se produce una lucha interna.

### 3. Tercera etapa: los pobres deben salvarse ellos mismos

Llegamos ya a la tercera etapa, a la que es difícil dar un nombre. Se entra en ella cuando se descubre que los pobres deben salvarse a sí mismos, que llegarán a hacerlo y que para ello no tienen necesidad de nosotros. Espiritualmente, es la etapa en que uno se va a poner humildemente al servicio de los pobres. Antes de llegar a esta etapa tendemos a pensar que podemos o debemos resolver sus problemas. Nosotros, los europeos, miembros de organizaciones de asistencia, burgueses concientizados, la Iglesia tal vez, somos los llamados a resolver los problemas de los pobres. Hay que ir a ellos, porque, si no, nunca saldrán de su estado... Tendemos a tratar a los pobres como "pobres", como personas incapaces.

Pues bien, yo diría que en esta tercera etapa sucede un "shock", que se produce cuando -tal vez por grados- descubrimos que los pobres saben mejor que nosotros qué hacer y cómo hacerlo. Que son perfectamente capaces de resolver los problemas de estructuras o los problemas políticos. Poco a poco descubrimos que el cambio social no puede venir sino de ellos, de los pobres, de los trabajadores, del Tercer Mundo. Esencialmente es su escuela la que debo seguir, la escuela de la sabiduría de los pobres. Ellos, sólo ellos, pueden efectivamente salvarme. Yo necesito algo que sólo ellos pueden darme. La cuestión no es, por tanto, que yo tenga cosas que sólo yo puedo darles, sino la otra.

Es posible que este descubrimiento, en términos espirituales, dé lugar a una *crisis*. Puede, asimismo, desembocar en una conversión muy profunda. Yo mismo llegué a Sudáfrica para un trabajo pastoral tras obtener un doctorado de Teología en Roma. Pensaba que llevaba las respuestas conmigo. Poco a poco fui cayendo en la cuenta, sin embargo, de que no sabía nada y que personas sin instrucción, gente sencilla y pobre en apariencia, a quienes tenía que hablar muy sencillamente, sabían mejor que yo lo que significaba la fe. Sabían mejor que yo lo que había que cambiar en Sudáfrica y cómo cambiarlo. Tuve que convertirme.

En esta etapa descubrimos que son los pobres, y no nosotros, el instrumento elegido por Dios. *Los pobres son el Pueblo que Dios quiere y va a utilizar en Cristo para salvarnos a todos de la locura de un mundo en el que tantos hombres mueren de hambre en medio de tantas riquezas.* Esto puede ayudarnos a tocar con las manos la acción de Dios y su presencia en ellos. Ya no pueden ser objeto de compasión. Ya no podemos ver en sus sufrimientos el rostro de Cristo, sino a Dios que nos sirve, a Dios que nos salva, a Dios actuando y hablándonos hoy.

La tentación de este tercer estadio es el *romanticismo*. Hacer romanticismo acerca de los pobres, de la clase obrera, del Tercer Mundo. Al hacer el descubrimiento típico de esta etapa, tendemos a poner a los pobres sobre el pedestal. A los pobres, al Tercer Mundo o a la clase obrera. Si alguien es pobre y dice algo, ello debe ser infaliblemente cierto. Si alguien viene del Tercer Mundo y dice algo, todos debemos escucharlo porque viene del Tercer Mundo. Si estas gentes hacen algo, debe ser por ello mismo correcto. Puro romanticismo y algo que no tiene ningún sentido, aunque parece un romanticismo que, en cierto modo, todos necesitamos mantener en un estadio de nuestra vida y que no es necesariamente malo. Puede, sin embargo, llegar a ser un problema al final de esta tercera etapa. Llegaremos probablemente a una crisis de desilusión, porque la gente del Tercer Mundo o los pobres o la clase obrera no han realizado esa imagen heroica que teníamos de ellos. Algo falla, porque algo hemos entendido mal. No hemos comprendido bien el problema estructural. Los pobres, en sí y por sí mismos, no son diferentes de cualquier otro ser humano. Tienen sus problemas como cualquier ser humano.

#### **4. Cuarta etapa: la solidaridad real con los pobres y oprimidos.**

El comienzo real de este estadio de nuestro desarrollo espiritual es, según creo, la desilusión y decepción que experimentamos al descubrir que los pobres no son lo que románticamente pensábamos de ellos. Mantengo que tenemos que aprender muchas cosas de ellos. Mantengo tam-

bién que los pobres se van a salvar ellos mismos y a nosotros. No estoy diciendo que no sean los instrumentos escogidos por Dios. Lo son. Pero son seres humanos, se equivocan, son a veces egoístas, a veces les falta dedicación y entrega, a veces despilfarran el dinero, a veces son irresponsables, tienen muchas veces las aspiraciones de la clase media y se dejan influenciar por ella, creen en la propaganda y no siempre están en una línea política justa. Puede ser que no estén todos tan politizados. No obstante, puedo y debo aprender de ellos. No obstante, sólo los pobres y los oprimidos pueden efectuar el cambio social. Es cuestión, por tanto, de pasar del romanticismo ingenuo sobre ellos a un realismo honrado y auténtico, para entrar en esta cuarta etapa de solidaridad real.

Esta solidaridad real comienza cuando *desaparece la cuestión del "nosotros" y el "ellos"*. Hasta ahora he descrito todo en términos de "nosotros" y "ellos", porque éste es el modo como generalmente lo experimentamos. Aun en aquellos momentos en que hacemos romanticismo a propósito de los pobres, viendo en ellos a héroes extraordinarios, poniéndolos sobre un pedestal, continuamos distinguiéndonos de ellos. Una fosa profunda nos separa. La verdadera solidaridad comienza cuando descubrimos que todos tenemos defectos y puntos débiles. Puede ser que se diferencien según los diversos ambientes sociales. Puede ser también que tengamos diversos roles que jugar. Sin embargo, *todos hemos elegido estar del mismo lado, contra la opresión*. Ya estemos en Europa o en Sudáfrica, blancos o negros, provenientes de la burguesía o de la clase obrera, todos podemos estar del mismo lado, contra la opresión, aun siendo bien conscientes de nuestras diferencias. Podemos trabajar y luchar juntos contra nuestro enemigo común, las políticas y los sistemas injustos, sin considerarnos nunca unos a otros inferiores o superiores, respetándonos mutuamente, aun reconociendo las limitaciones de nuestro condicionamiento social. Esta experiencia puede convertirse espiritualmente en una experiencia de solidaridad con la causa de la justicia de Dios en Jesucristo.

En esta etapa se resuelven nuestros problemas de relaciones con los otros, de sentimientos de superioridad o de culpabilidad, de visión romántica de los pobres... A través de ella nos abrimos a Dios, a los otros, a la causa de Dios por la justicia y la libertad.

Nos encontramos ante un ideal muy alto, y sería iluso imaginar que podemos obtenerlo sin una larga marcha personal en la que habrá etapas diversas, noches oscuras, crisis, combates, "shocks", desafíos a superar.

Las cuatro etapas que he descrito aquí no son rígidas. No hay que superarlas exactamente una tras otra. Están entremezcladas. Si he escogido este modelo, ha sido con la esperanza de que nuestra actitud hacia los pobres permanezca siempre abierta a un proceso continuo. La verdadera desgracia consistiría en quedar bloqueados en alguna parte del camino. Si así fuera, no podríamos comprender a los que nos preceden. Tampoco a los que se encuentran aún en el comienzo. Es preciso caer en la cuenta de que la Iglesia y nosotros mismos seguimos un proceso, un desarrollo espiritual, un crecimiento, una lucha, y que a través de él es como avanzamos. Todos estamos implicados en él y debemos ayudarnos y apoyarnos mutuamente. Trabajar dentro de él, estimularnos, continuar la lucha dentro de nosotros: ésta es la única manera de acercarnos hoy a Dios y de ser salvados.

Tomado de **Sal Terrae** Vol. 75 Nº 2, Febrero 1987.

